

José de Arteche Aramburu, un hombre de paz (Consideraciones en el 30º aniversario de su muerte)

ANTONIO VILLANUEVA EDO

Resumen

A través de todos sus escritos, José de Arteche expresó siempre un anhelo de paz y reconciliación entre todos los hombres. Sus profundas convicciones cristianas fueron los cimientos donde se basaba toda su ideología. En este trabajo, se selecciona y comenta sus artículos periodísticos de antes y después de la guerra civil de 1936 a 1939 y fundamentalmente su diario personal, que José de Arteche escribe entre 1935 y 1971 donde están incluidas las dos obras princeps, **El abrazo de los muertos** y **Diario de un vasco en la postguerra**.

José de Arteche Aramburu, un hombre de paz

A la paz se le ha considerado como la ausencia de guerra. Pero no basta. Al silencio de las armas hay que agregar la búsqueda de la concordia, la destrucción del odio, la construcción de la fraternidad, el olvido de la ofensa...

La paz es muy frágil; cualquier alteración puede destruirla. Sin embargo es el primero, más vehemente y universal deseo de todos los hombres de buena voluntad, desde el principio de los tiempos hasta ahora; aquí y en todos los países del mundo.

La paz necesita de hombres y mujeres pacíficos, palabra que no es sinónimo de apacible, tranquilo, sino de los que hacen, trabajan, viven para la paz. La paz es de una construcción difícil; necesita el esfuerzo mutuo. No es fácil

hacerla en un mundo en el que la violencia se vende con la mayor facilidad y tiene unas raíces crecidas en toda la tierra, profundamente hundidas en lo más recóndito del tiempo y difíciles de arrancar.

Las cainitas imágenes del Génesis parecen secuencias de una película que se repone constantemente, con distintos personajes, vestuarios y paisajes; la cronología de la historia universal apenas nos ofrece unos huecos de paz entre tiempos de guerra y destrucción. En el último siglo, estos huecos han sido más bien escasos y cortos. Cuando José de Arceche nace en Azpeitia en 1906, aún humea el rescoldo de la última Guerra Carlista. Cuando muere en San Sebastián en 1971, la violencia, las muertes y los secuestros son noticias cotidianas.

En medio, durante toda su vida, José vive un tiempo en el que la paz no terminaba de posarse en el mundo. Los conflictos en Manchuria, El Chaco, Abisinia son jalones que empalman las dos Guerras Mundiales. Después de la última Guerra Mundial, China, Paraguay, Corea, Vietnam, Argelia, Africa central, Oriente Medio, un largo etcétera de contiendas; muchas de ellas, sepultadas en su propio dolor, permanecen y yacen olvidadas por las primeras planas de la prensa.

Durante aquel mismo tiempo, en España, Marruecos, la última guerra colonial. Y después, Casas Viejas, Asturias, Mondragón, etc. quiebras de la paz, alentadas por la injusticia social. Todos estos sucesos conmueven la juventud de José de Arceche. Pero es la incivil guerra fratricida de 1936 la que le inspirará durante toda su vida un permanente deseo de paz.

En el libro de Paul Preston, *Las Tres Españas*¹, el historiador inglés analiza la situación de aquellos que, colocados ideológicamente en un lugar u otro de la contienda, no creyeron nunca que la guerra fuera la solución de los problemas de España. Estas personas, abundantes en ambos bandos, sufrieron, entonces y después, el acoso de unos y otros que les motejaron de chaqueteo, cuando no de traición, por cumplir con su conciencia.

Arceche dejó escrito, a lo largo de toda su obra, sus sentimientos más íntimos. En toda ella, en sus artículos de prensa y en sus diarios personales están presentes permanentemente su deseo, su esfuerzo y su sufrimiento en pro de la paz. Si al recordarlos, contribuimos también a la paz, habremos cumplido un cálido deseo.

(1) Paul Preston. *Las tres Españas*. Plaza y Janés Editores, S.A. 1ª Edición. Barcelona, 1998.

Artículos de prensa. 1930-1936

En 1930, Arteche inició su colaboración en *El Día*, de San Sebastián; Después, en 1932, se incorpora a *Euzkadí* y en 1936 simultanea estas colaboraciones con otras en *El Pueblo*, alcanzando más de 500 artículos durante el periodo de la preguerra civil. Estos artículos versan sobre la actualidad de un tiempo en el que se afianzaron los totalitarismos europeos en Rusia, Italia, Portugal y Alemania, durante el cual Europa vive bajo la impresión de una inminente guerra, pugna entre los sistemas totalitarios y los democráticos.

La II República española llegó en medio de un estado de inestabilidad social, depresión económica y crisis de valores donde se echaba de menos una clase social y política moderadora con fuerza suficiente para encauzar una evolución pacífica que hubiere impedido, cinco años más tarde, la más cruel de las guerras civiles que ensangrentaron España en los últimos cien años. También en el País Vasco se vivió este momento de una forma peculiar. El vasquismo político, nacido cuarenta años antes, había creado un anhelo de revisión. La llegada de la República era la oportunidad de hacer efectivas las reivindicaciones que se venían reclamando. A estos aspectos de la vida política y social había que agregar las convulsiones sociales y religiosas que sacudieron de forma violenta la misma estructura de la sociedad española del final del primer tercio del siglo XX.

Durante los años treinta, por tanto, en todo el mundo se vive un ambiente tenso, receloso. Más allá de nuestras fronteras, en América, Asia y Africa, hay ruido de armas. Ha habido una guerra de fronteras en el Chaco, el imperialismo japonés ha invadido Manchuria² y el italiano, Abisinia³. Pero también en Europa hay malos augurios y se vive una psicosis de guerra próxima⁴. Los gobiernos se rearmen a pesar de que en los pueblos hay unos deseos fervientes de paz^{5,6}, pero en aquellos atribulados momentos, la civilización occidental parece haber perdido su norte⁷.

(2) Comentario. "¿A la guerra?. *El Día*, 5 Junio 1934

(3) Abisinia arazoari buruz. *¿Argía?*, 1935.

(4) La paz, don supremo para los hombres. *El Pueblo*, 24 Octubre 1935.

(5) Desarme moral. *¿El Día?*.

(6) Lengo kontuak nazio artean. *¿Argía?*, 1935?

(7) Europa, unidad deshecha. *Euzkadi*, 18 Junio 1935.

Para José, la paz nace de la armonía y de la síntesis de todas las culturas nacionales sin exclusivismos ni atentados de ningún género⁸, del convencimiento de la necesidad que tienen los pueblos de vivir juntos⁹ y el respeto a la personalidad humana¹⁰. Pero en España aquí y allá el enfrentamiento social surge. Ante los sucesos de Asturias de 1934¹¹, Arteche indica que la represión no evita la revolución. La paz es siempre obra de la justicia social¹². De una forma u otra todos han contribuido a que estallara esta revolución¹³.

José cree que los cristianos deben ser sensibles a la miseria y la injusticia, apoyando toda iniciativa social¹⁴, luchando por ésta¹⁵ debe irradiar la paz¹⁶, ya que el mismo credo se reza en francés y en alemán¹⁷. De lo contrario, la guerra afectará a todos; y advierte que detrás de muchos manifiestos que llaman a la defensa de la patria se oculta la defensa de intereses más bastardos. En una situación de psicosis de guerra, ante el fatalismo de la convicción de una guerra inevitable, el católico debe ser un apóstol de la paz. La paz hay que irradiarla, reemplazando el odio de los estados por el amor¹⁸.

Hay un gran temor de guerra y en consecuencia se produce el rearme de Europa. Un sistema de alianzas se establece en Europa haciendo presagiar signos de guerra. Pero el que desea la guerra olvida su deber en la fraternidad universal. El cristiano reza el mismo credo en francés que en alemán¹⁹.

(8) El libro de don Juan Thalamas. Laicismo y cristianismo. El Día, 12 Agosto 1933.

(9) Del momento. Lo que falta a la Sociedad de Naciones. El Día?.

(10) Los elementos del destino humano. Euzkadi, 3 Mayo 1934.

(11) Comentario. Por la cultura social cristiana. El Día, 1 Noviembre 1934.

(12) Actividades. La última obra de Arbolea. A una muchacha que quiere ser social. El Día, 4 Abril 1935.

(13) El momento vasco. Euzkadi, 16 Diciembre 1934.

(14) Tocando el violón. El Día, 3 Mayo 1936.

(15) Gaurko Europa. Argia, ¿1935?

(16) Justicia y Caridad. El Día, 27 a 29 Oct. 1931.

(17) La paz, don supremo para los hombres. El Pueblo, 24 Octubre 1935.

(18) Un grito de ahora. ¡La guerra, no!. Euzkadi, 21 Febrero 1935.

(19) Comentario. ¡La guerra, no!. El Día, 1 Agosto, 1934.

El diario de Arteche

I. 1935-1936

Arteche se definió a sí mismo como un hombre de diario. Un diario al que confió sus pensamientos desde Mayo de 1935 hasta unos días antes de su muerte, ya que tanto el iniciado en 1935, como *El abrazo de los muertos*, como *Un vasco en la postguerra*, son distintas partes de una misma obra a la que únicamente su sucesiva aparición editorial ha fragmentado, aunque en realidad se escribieron sin una verdadera solución de continuidad.

En Mayo de 1935, Arteche inició su diario en un sencillo bloc de hojas cuadrículadas, donde recoge sus impresiones hasta doce días antes del comienzo de la Guerra Civil. Estas páginas son como el prólogo de *El abrazo de los muertos*, su principal obra de paz, escrita durante la contienda. Sin embargo, Arteche, en su única edición de este libro, no las incluyó.

Sus breves palabras están escritas con idealismo, fe, sinceridad, responsabilidad, vocación de servicio y revisión permanente de sus propios actos. Las coordinadas entre las que desarrollará su propia vida; los conceptos que madurará a través de los años. Es un diario íntimo, soliloquio para sí mismo, donde alterna los elementos narrativos con sus propios sentimientos; entre ellos, a veces, su cansancio o deseo de soledad.

Pero la mejor presentación de esta primera parte de su diario son sus propias palabras.

Algunos meses antes de la guerra civil, la clara adivinación de la tragedia me inspiró refugiarme en las apuntes de un diario personal. Un hombre se confiesa en su diario por disconformidad con lo que le rodea y con el propósito de ponerse en regla consigo mismo, intentando ver claro en la marcha de los acontecimientos.

Mi diario era ya un esfuerzo hacia mi independencia, libre por completo de ataduras ideológicas. La política había sido para mí herida y drama, silencioso compromiso. En la vida hay que andar solo, sin compromisos con nadie, comprometido con Dios y con uno mismo.

Canto a Marichu.

En él expone que nadie tiene derecho a esclavizar una inteligencia a su medida, ni de hacerle pensar como él piensa. Nadie tiene derecho a hacer de dominador del espíritu de los demás. En vísperas de las elecciones de Febrero de 1936, acusa el dolor y el profundo daño que le producen las solicitudes hacia aspectos distantes en el pensamiento y en las actitudes.

II. El abrazo de los muertos. 1936-1939

Pero es la segunda parte de este diario, la que escribe durante la guerra civil, donde el pensamiento de la paz es predominante. La Guerra Civil de 1936 a 1939, sin duda lo más trágico de toda la historia contemporánea española, ocupó cerca de mil días, 988 exactamente, durante los que media España se enzarzó contra la otra en una cruel lucha cuyas consecuencias rebasaron largamente al cese de las hostilidades. Si bien sus secuelas físicas y económicas tardaron cerca de veinte años en borrarse, las diferencias ideológicas marcaron un profundo foso entre ambos bandos.

No es motivo de este artículo analizar las muchas y complejas causas de la última guerra entre españoles. El clima social de España estaba enrarecido y las estructuras económicas, —agraria, industrial, etc.— tenían una revolución pendiente a pesar de las buenas intenciones del ministro Giménez Fernández²⁰. Por otro lado, como indica Vicens-Vives²¹, la experiencia del Octubre Revolucionario de 1934 no sirvió a los españoles para advertirles de la crisis que se avecinaba. La depresión económica de los años treinta, el enfrentamiento social entre las clases y la crisis de los valores espirituales deslizó a los españoles hacia la Guerra Civil.

Los políticos de la República fueron impotentes para encauzar los cambios necesarios y soslayar los movimientos revolucionarios y el gobierno del Frente Popular no se dio cuenta de los movimientos que iban a dar lugar al levantamiento del 18 de Julio.

A partir de 1934 Arteché señala su inquietud por las circunstancias sociales que subyacían en la revolución de Asturias y en el enrarecimiento en que se desarrollaron las elecciones de Febrero de 1936. Los resultados de éstas y algunos movimientos revolucionarios desencadenados después tiñeron de pesimismo sus últimos artículos. En ellos advierte que el odio que se había sembrado crecía mientras que no se cuidaba lo que se debiera fomentar el amor y la comprensión. La vida no surge de situaciones negativas²². Frente a la tendencia de algunos cristianos a encerrarse en una ciudadela conservadora, el verdadero cristiano debe entrar en el ambiente social que le rodea²³.

(20) Una obra admirable de cultura social. Euzkadi, Noviembre 1934.

(21) Vicens - Vives, J. Nadal, J. Ortega, R. Historia de España y América Vol. V. Editorial Vicens-Vives. Barcelona, 1972.

(22) Lo que no se ha querido con amor, se hará con odio. El Día, 30 de Noviembre 1935.

(23) Sobre lo que hacemos y otros hacen. El Día, 18 Junio 1936

Dos días antes del levantamiento militar, el 16 de Julio de 1936, El Día publica el ultimo artículo de Arteche. Tiene un título premonitorio, ¡La libertad se acabó! El mundo camina con pasos hacia el más gigantesco y desolador despotismo que hay memoria en los hombres, debido a una falta de cultura verdadera en las naciones. El escepticismo de las gentes les hace creer lo primero que se les inculca. Así las masas sin una luz interior obedecen ciegamente al primer paranoico que les incite a las mayores aberraciones. Un pueblo religioso, termina, es un pueblo libre.

El 17 de Julio de 1936 la sublevación del Ejercito del Norte de Africa en Melilla coge por sorpresa a José de Arteche lo mismo que a una gran parte de la sociedad española. Años más tarde, en una meditación serena sobre las causa de la guerra dirá:

¿Quién es capaz de establecer verdaderamente cuando comienza una guerra civil? ...en una revolución como ésta, nadie sabe lo que hace ni lo que hay que hacer. Ninguno hace lo que quiere, ni siquiera los que se creen más dueños de sus actos. Todos actúan movidos como muñecos de guignol.

Durante el más de Julio y los primeros días de Agosto, José se siente impresionado por el odio desatado de algunas gentes. Se había iniciado una cruenta y sanguinaria guerra civil en la que tantos abdicaron de su condición de personas dejando inermes en cambio a los hombres de buena voluntad.

Frente a esto el hogar de los Arteche, como muchos de buena voluntad en uno y otro campo, se abrieron en acogida. En su caso, a la familia de un capitán médico de uno de los regimientos sublevados en Loyola. Además, Marichu, su mujer, aún tuvo tiempo para salvar los fondos de la tienda de comestibles de debajo de su casa.

El 9 de Agosto José lleva a sus hijos a Azpeitia, a casa de los padres de su mujer. Una semana más tarde José se enfrenta a otra decisión trascendental. A Arteche, miembro destacado del Partido Nacionalista, se le brindó la ocasión de marcharse a Francia, vía Bilbao, con su familia. Pero Arteche se quedó:

En una guerra no existe sitio para la lógica y mucho menos en una guerra civil.

Es indudable que estas decisiones de Arteche le hubieron de acarrear posteriormente el recelo de algunos de sus correligionarios.

Para comprender la actitud de Arteche hay que entender un matiz de su carácter:

Sin abdicar de mis ideas, siempre he estado y estaré con los vencidos y nadie me convencerá de que esta actitud sea estéril. Prefiero ser sincero a ser consecuente. No estoy conforme, y como no estoy conforme, voy por donde creo que debo ir, no por donde los demás quieren de mí que yo vaya²⁴.

Arteche traza su norma de conducta. Se quedará para ayudar a los demás. En la ideología de Arteche, hay una amalgama entre su sentimiento político como nacionalista, su sentimiento vasco y su sentimiento cristiano. En estos momentos Arteche opta por su sentimiento más profundo, su esencia cristiana, sin que por ello abdique de lo demás.

La guerra civil es toda una derrota y ante esta derrota los vascos de buena voluntad deben estar dispuestos a entenderse... En estos momentos decir que no a un hombre que sufre me parece el más atroz de los delitos²⁵.

Cuando las tropas que han tomado San Sebastián han avanzado por el valle del Urola y se encuentran a las puertas de Azpeitia, una parte de la población huye ante la llegada de los militares mientras unos cenetistas patrullan por las calles. En el Seminario de los jesuitas de Loyola, convertido en prisión, hay un centenar de detenidos a los que había que librar de posibles represalias. Arteche se encaró con el Comité local de Azcoitia abogando por su liberación. Le ayudó el grupo nacionalista del Ayuntamiento a vencer la dura posición de los socialistas, pero al final, todos, hombres de buena voluntad, olvidan sus diferencias políticas y toman a su cargo conseguir que los presos lleguen a sus casas sin que no se cometa con ellos ninguna tropelía. Arteche y dos hombres más se encargaron de liberar a los últimos prisioneros y ponerlos a buen recaudo.

A pesar de su decidida actuación en favor de los presos de Loyola y de otras intervenciones arriesgadas incluso para su vida cerca de otros detenidos de la cárcel de Ondarreta, Arteche no está seguro de no ser objeto de represalias. Durante cuarenta y dos días vive escondido mientras es buscado por todo Azpeitia. La única manera de un más que probable fusilamiento era presentarse voluntario para ir a la guerra con el ejército sublevado, lo que era totalmente contrario a sus principios fundamentales. Una vez más José se ve obligado a seguir un camino que no es el suyo y para el que ahora no tiene ninguna alternativa²⁶.

(24) El abrazo de los muertos. Edit. Icharopena. Zarauz, 1969

(25) El abrazo de los muertos. Edit. Icharopena. Zarauz, 1969

(26) Días más tarde mataron a su amigo José de Ariztimuño, Aitzol, a quien no sirvió de nada su condición sacerdotal ante el pelotón de fusilamiento.

A la salida de su escondite toma conciencia de los horrores de la guerra en Euzkadi que acrecientan el abismo existente entre las gentes de la misma fe separadas totalmente en la concepción de las cosas de aquí abajo. Las represalias de la guerra le conmueven profundamente, tanto las que se hacen en Mondragón por la muerte de Marcelino Oreja y sus compañeros, como las ocurridas el 4 de Enero de 1937 con los indefensos presos de la cárcel de Larrínaga y de los barcos-prisión en Bilbao.

En aquellos momentos José adopta la firme decisión de no disparar nunca, lo que naturalmente no fue fácil. Dadas sus características personales perfectamente conocidas por todos, estaba en el punto de mira de quienes le observaron cuidadosamente y que en alguna ocasión le echaron en cara duramente esta actitud. Sin embargo junto a esto Arteche sintió profundamente el calor y la camaradería de sus compañeros de Unidad; de quienes aún conociendo su ideología, recibe sus confianzas, incluso las terribles y brutales de aquellos que se encontraban en el punto más opuesto a su propia sensibilidad.

La campaña del Norte fue para José especialmente dura. La descripción de las batallas del monte Muru y sobre todo la del monte Sabigain tienen el realismo y la vivencia de un reportaje periodístico.

Mientras se asciende al monte Sabigain muchos más cadáveres todavía, gudarís y soldados en montones confusos y con los brazos en cruz... los cadáveres no se acometen, se abrazan. Los hombres no se reconcilian sino en la muerte.

Arteche entró en Bilbao donde encuentra un ambiente con manifestaciones de júbilo de los que se sentían liberados pero con la tristeza de los gudarís que son apresados u obligados a militar en el ejército de Franco.

Cada vez se me alcanza más fuerte la convicción de que lo más necesario al mundo para curarlo son corazones que se acerquen compasivos a otros corazones.

En Julio de 1937 Arteche sienta plaza como Sargento de Complemento de Ingenieros, con lo que el aumento de su paga supondrá ayudar a su familia que ha visto llegar al cuarto de sus hijos. Poco tiempo después, siguiendo a su Unidad sale por primera vez de Euzkadi. Para entonces, Arteche ha hecho confesión de fe de la universalidad de su pensamiento cristiano:

Sin dejar de ser vasco soy capaz de sentirme castellano, aragonés, extremeño, andaluz y portugués al mismo tiempo. Concibo la patria española desde Creus hasta el cabo de San Vicente, desde Finisterre hasta el cabo de Gata y desde Irún hasta la última roca de Gibraltar con toda la

fecunda complejidad de sus diferencias. Nadie echó en cara a los vascos que fueron en cáscaras de nueces al descubrimiento de América o a dar la vuelta al mundo, que no supiesen castellano.

Este sentimiento universal de entender la españolidad coincide con el que, en junio de 1936, muy poco tiempo antes del comienzo de la guerra y, por tanto, también muy poco tiempo de ser asesinado, había expresado Federico García Lorca al periodista Bagaría:

Yo soy español integral, y me sería imposible vivir fuera de más límites geográficos; pero odio al que es español por español nada más. Yo soy hermano de todos y execro al hombre que se sacrifica por una idea nacionalista abstracta por el solo hecho de que ama a su patria con una venda en los ojos. Canto a España y la siento hasta en la médula; pero antes que esto soy hombre de mundo y hermano de todo el mundo²⁷.

Cuando Arteche es trasladado con su unidad al frente de Aragón, es la primera vez que sale de Euskadi. Naturalmente sus ojos quedan asombrados por unas impresiones nuevas que le esperan en cada rincón de aquellos parajes para él desconocidos. Así, en Alhama de Aragón le extraña profundamente que la gente, muy pobre, le ofrezca todo lo que tiene pero que, a pesar de su bondad, no acuda apenas nadie a Misa. A lo largo de todo su recorrido por el Alto Maestrazgo aragonés volverá a reflejar este despego religioso que contrasta con la religiosidad del País Vasco. Pero no sólo es este contraste lo que impresiona a José. Al penetrar en el paisaje desolado de Teruel, la pobreza de los pueblos por donde pasa, sus montes pelados, sus cabezos sin vegetación conmueven las pupilas de José que mantiene fresca la imagen del verdor de su país.

Pero lo que a José le impresiona más son los fusilamientos de sacerdotes, las represalias indiscriminadas ocurridas en los pueblos por donde pasa motivadas únicamente por diferencias de pensamiento o, peor aún, por venganzas personales. Al pasar por estos pueblos de Aragón recibe las noticias de la existencia de los movimientos revolucionarios sociales de los primeros días de la guerra: colectivización, huelgas generales, repartos de tierras, con un panorama que no deja de impresionar su conciencia social.

Junto a esto la observación de Arteche se detiene en la destrucción de las iglesias, convertidas en muchos pueblos en establos, fábricas o almacenes, y en los carteles y letreros que fueron colocados sobre sus paredes.

(27) Arturo Magariño. Federico García Lorca. Ediciones Nauta, Barcelona. 1991.

A finales de Julio de 1938 Arteche se ve metido en la terrible batalla del Ebro en la que palpa el heroísmo inconsciente de los soldados de la República y de los legionarios de los Tercios. El fin de esta dura batalla preludia la tantas veces anhelada terminación de la guerra. El avance por Cataluña revela a José las penalidades en aquellas comarcas y el desgaste del ejército republicano:

Los prisioneros son cada vez de más edad.

Terminada la guerra, José aún tarda en ser desmovilizado. Cuando se cierra el frente de Cataluña, su unidad se traslada a Extremadura. Así conoció directa y personalmente el entorno social de toda España, la situación rural de Extremadura y el hambre que soportaron Madrid y Murcia en los últimos momentos. En esta ciudad Arteche, delante de edificio que ha sido convertido en cárcel improvisada, piensa en la permanente escisión de España en dos mitades que se encarcelan o se destierran sucesivamente.

El fin de la guerra no es el comienzo de la paz. Medio millón de muertos separan a aquellos españoles que mantuvieron sus hostilidades:

“¡No hay que dejar ni uno!” ¡Cuántos millones de veces no habrán repetido estas frases aquellos, de uno y otro lado a quienes el odio reúne estrechamente en la aspiración de convertir a España en un inmenso desierto sembrado de cadáveres. Y no; lo que hay que hacer es dar la mano. Todo el problema en España se resuelve en dar la mano. Hay que dar la mano a todos, y apretándola bien incluso a aquellos cuya presencia la retira a la espalda instintivamente. Todos somos de alguna manera víctimas de esta tragedia; pero, ¿quién no ha sido verdugo alguna vez?”... ¡Hay que dar la mano! No es cristiano quien no sabe dar la mano. Todo lo que no sea darse la mano, cuenta muy poco a los ojos de Dios nuestro Señor.

Frente a todo esto, Arteche en su Diario señala las difíciles actitudes de paz y reconciliación que ha recibido durante la contienda: La oración del viejo sacerdote de Sotodosos quien, al terminar la misa de campaña, se volvió hacia el campo republicano para rezar por todos los muertos de la guerra; el heroico comportamiento del teniente de su compañía en Alhama, el abrazo de sus amigos en Donosti en contraposición a las extrañas maniobras de quienes se ocultaban en los portales para no saludarle, la Misa en Mata de los Olmos, el gesto de su capitán en Morella ordenando enterrar a todos los muertos sin distinción de bando y colocar una cruz en la cabecera de las sepulturas...

En Junio de 1939 libre de compromisos militares, vuelve a casa. Pero vuelve como un vencido más. En ningún momento, ni entonces ni después, pasó factura. Ni siquiera para reclamar los sueldos del tiempo que permaneció

en la guerra. Simplemente volvió. Atrás quedaban la visión de los muertos de uno y otro lado; muchos, parientes, amigos o camaradas; pero para la sensibilidad de José todos eran seres humanos. Y al volver como todos los que sufrieron con hondura y sensibilidad aquella guerra civil, volvió profundamente marcado por todas las terribles experiencias.

Durante mucho tiempo, durante toda su vida José se sintió traumatizado por los horrores de la guerra y anhela la paz, no sólo la propia sino la de su entorno, pero al mismo tiempo se encuentra muy receptivo ante lo que ve. La presencia en la calle de los presos que son empleados en la conducción de un cadáver o en la limpieza pública, no deja de impresionarle. A menudo le solicitan para que interceda por otras personas pero su labor choca con la cerrazón de los ganadores. José, que es capaz de juzgar con cierta indulgencia los actos de brutalidad física de los soldados en la guerra, brama con sus mayores denuestos ante la injusticia, la codicia, la falsía y la hipocresía que llenan los primeros tiempos de la postguerra. Durante todo este periodo las alusiones rencorosas a la contienda le hieren profundamente. Un poco después afirmó una idea que repetirá muchas veces:

Los hombres de mi generación no tienen remedio. Se extinguirán sin querer confesar su terrible pecado de cainismo.

En los hombres que han matado durante la guerra, perdurará durante toda su vida el trauma psicológico²⁸.

Por ello los gestos de reconciliación que se produzcan entre quienes militaron en distintos campos, como el cruce de cartas que él mismo sugiere entre el antiguo obispo de Vitoria, Mons.Múgica, y el líder socialista Indalecio Prieto en el verano de 1954, contribuirán a mantener su esperanza en los hombres. Múgica evocó en aquel momento la ancianidad común y el pensamiento de San Agustín: Dios que te hizo sin tí, no puede salvarte sin tí.

Hay otros factores que traen los incidentes de la guerra a la mente y al pensamiento de José. La vuelta de algunos emigrados aprovechando los indultos ofrecidos por el régimen franquista le proporcionan reencuentros con sus antiguos amigos. Así el regreso de su antiguo amigo José María Benegas es motivo para volver sobre la muerte del sacerdote José María Ariztimuño.

Todos estos reencuentros no son recreaciones morbosas de situaciones trágicas. Arteché encuentra en ellas connotaciones redentoras. Tal le parece al

(28) Los mutilados del espíritu. La Voz de España, 10 Enero 1951.

recordar la muerte de Lauaxeta, cuyo momento es para José la reafirmación del sentido cristiano de la personalidad del poeta vasco. La víspera ayudó a Misa y comulgó, y en el momento en que fue fusilado rezó constantemente a un crucifijo que tenía en la mano. Arteche insiste en el valor redentor de su muerte.

Cuando en 1969, a los treinta años del fin de la guerra, prescritos los posibles delitos de la misma, aparecieron los primeros “topos”, José anotará en su Diario las reacciones que suponían la vuelta a la vida normal de muchas personas que habían pasado todo aquel tiempo sin el contacto con sus familiares o sus amigos.

Su liberalidad sobre estos temas permite a Arteche recibir gran tipo de confidencias en sus relaciones con gentes que hicieron la guerra. Así, durante la visita que le hace un mutilado de la parte republicana tiene la ocasión de escucharle:

Toda España, de una a otra parte estaba llena de dogmáticos: esa gente creía sus propios sistemas y olvidaban por completo al hombre.

En sus visitas al país vasco-francés, Arteche gustaba de ver a los amigos y conocidos que habían quedado allí en espera de la normalidad democrática. Pero en otras ocasiones, José se siente incómodo por el abismo de incompreensión que encuentra en algunas personas. Los hombres se conocen en los momentos de crisis y José de Arteche tuvo ocasión de recibir en su propio espíritu tan importante docencia.

La Guerra civil me enseñó a prestar mayor atención a los hombres sobre todo a mirarlos en profundidad.

III. Un vasco en la postguerra. 1939-1971

Un vasco en la postguerra, la última parte de su diario, es también una obra escrita como escape a sus tensiones emocionales, como descargo de sus propias confesiones. A lo largo de sus páginas, José desgrana sus pensamientos al compás de los acontecimientos, tristes o alegres, livianos o pesarosos, que forman la historia de los años de la postguerra.

En ellas va reflejando las restricciones para conseguir alimentos, encender la luz o viajar en tren; sus trabajos para escribir y sus dificultades para después sacar a la luz sus libros y sus artículos en una lucha constante con la censura; sus conversaciones con José Miguel de Azaola, Carlos Santamaría, el Conde de Peñaflorida, Berruezo, Uría, Ciriquian-Gaiztarro, Iribarren, Julio Beobide, y un largo etcétera que convierte su diario en un magnífico friso de la vida cultural de San Sebastián.

En él nos habla de sus encuentros con Gregorio Marañón, Pío Baroja, Enrique Larreta, Mons. Shur, Ernest Hemingway, Ramón Gómez de la Serna y otros intelectuales con quienes se relaciona, bien por que acuden a San Sebastián con ocasión de los eventos culturales que allí se celebran - Conferencias Internacionales Católicas, Festivales Internacionales del Cine-, o simplemente durante su paso por el veraneo donostiarra, o bien por que son sus corresponsales en una prolífica correspondencia epistolar.

En *Un vasco en la postguerra*, al compás del acontecer cotidiano, José nos habla de sus afanes por sacar adelante una familia de ocho hijos, de los trabajos para educarlos, de las satisfacciones de verlos crecer y madurar, de las ilusiones de sus primeros nietos.

En los difíciles años sesenta, el diario de José refleja también el enrarecimiento del clima social de Euskadi. José, hombre comprometido por la paz, que propugna la convivencia entre todos los hombres, vinieran de donde vinieran, que reitera la necesidad de su buen entendimiento, siente en su propia intimidad el azote de la violencia y expresa su temor por la explosión de nuevos y graves conflictos.

Hoy, sesenta y cinco años después de la Guerra Civil, después de que se escribieran las primeras líneas de este diario de postguerra, sus líneas tienen la fuerza de un sincero alegato en favor de la paz y la concordia de este y de todos los pueblos.

Artículos de prensa. 1948-1971

Naturalmente, al terminar la guerra civil, José de Arteche no encuentra ninguno de los periódicos donde había colaborado antes de la contienda. Ni *El Día*, ni *Euzkadi*, ni *El Pueblo*, ni *Argia* consiguieron sobrevivir. Hasta 1947, año en el que inicia su colaboración en *La Voz de España* y que se mantendrá durante largos años, no aparecerá su firma en la prensa.

Durante los años de la posguerra, la censura impuesta en todos los medios de comunicación reducía al límite no sólo los temas de pensamiento, sino las noticias más inocentes.

Ante una Europa cruzada por el fuego de la II Guerra Mundial, el régimen nacido el 18 de Julio de 1936 intentaba presentar a España como un oasis de paz exterior e interior. No era posible disentir de este pensamiento oficial. Sin embargo, Arteche, sensible como era a que la verdadera paz no había llegado aún, clama por ella.

Este anhelo es mucho más explícito en sus dos diarios, el de la guerra, *El Abrazo de los muertos*, libro tanto tiempo inédito, grito sofocado durante años, y su *Un vasco en la postguerra*, cuyas páginas sabrán de sus íntimas confiden-

cias. Pero también en sus artículos periodísticos habló de paz, no como el término de unas hostilidades armadas, sino como una consecuencia de la justicia.

Una injusticia encadena una serie de injusticias. Hay reparaciones que se imponen. La reparación ennoblece a quien tiene el valor de proponerla²⁹

A este respecto recuerda las palabras de Jean Rostand:

Inteligencia y afectividad son inseparables. El hombre debe ser inteligente y fraterno. La humanidad es incapaz de salvarse sin la fraternidad. Los valores morales son primordiales a los intelectuales³⁰

De esta forma, vuelve así a los pensamientos ya expresados antes de 1936, con el deseo de solución de unos problemas no resueltos. La necesidad de paz y justicia social trasciende las fronteras. Cuando aún faltaban más de cuarenta años para que se acuñara la expresión “diálogo norte - sur”, Arteche ya señala con estas mismas palabras las diferencias abismales entre los países ricos y pobres, pronosticando un verdadero antagonismo entre los países situados al Norte y el Sur del paralelo 30, en los que los primeros deberán ejercer su función social sin dar limosnas, que son un acto de egoísmo, ya que cuando hay que dar debe hacerse sin esperar nada a cambio, sin tratar de imponer un compromiso, un comercio espiritual o material³¹.

Deben obligarse los primeros a practicar la justicia de la ayuda comunitaria a aquellos países infraalimentados de pan y cultura, ya que en un mundo donde dos de cada tres personas pasan hambre, no es un mundo en orden. Si los países subdesarrollados son incapaces de resolver sus propios problemas, todos somos responsables de las poblaciones infraalimentadas³².

Pero además de una alimentación material al hombre hay que darle el pan de la libertad y el del conocimiento. Rehusar al hombre las posibilidades de una íntima y libre elección después de retirarle así mismo las posibilidades de conocimiento hace sin término medio innumerables rebeldes y disconformes, incontables escépticos vueltos de espaldas a la realidad³³.

Este anhelo de paz, de reconciliación³⁴ y de justicia se volverá más angustioso, al final de su vida, cuando en los años sesenta y setenta la violencia estalla brutalmente en Euskadi iniciando un río de sangre que hoy no ha dejado de manar.

(29) Douglois. La Voz de España, 9 Abril 1964.

(30) Higiene moral. La Voz de España, 3 Octubre 1963.

(31) El norte y el sur. La Voz de España, 28 Marzo 1957.

(32) El hambre. La Voz de España, 3 Febrero 1962.

(33) Tolerancia. La Voz de España, 10 Agosto 1962

(34) El diálogo. La Voz de España, 30 Noviembre 1962.

El porvenir del hombre como hombre depende de un renacer del diálogo. La reconciliación provoca la reconciliación

En sus últimos años, Arteche tiene una visión depresiva del momento que vive. Da un supremo valor a la recta conciencia en contraposición con la tendencia a alienar al hombre y convertirlo en máquina, afirma que sobre la conciencia de cada hombre no manda nadie y que no es tarea fácil tener una paz de verdadera conciencia³⁵.

Arteche dio valor a la esperanza. Cerrar las sendas de la esperanza es el crimen de los crímenes. La esperanza debe estar por la paz y la justicia, contra la muerte y el egoísmo³⁶ y, naturalmente, contra una resignación pasiva. Aconsejar resignación a quien lucha contra la injusticia con inferioridad de medios es burlarse de su drama y tomar partido por el atropello. Hacer perdurar una imagen del cristiano como la de un “niño bueno” es el más lamentable de los errores³⁷.

Para Arteche, la paz es algo que debe conseguirse día a día mediante el trabajo de todos. Ante una sociedad que pide cambios, los jóvenes buscan un líder bueno y recto que les guíe. Cuando la mentira campa como dueño y señor, se necesitan hombres rectos y valientes, que enseñen a la juventud el camino. Es necesaria la paz que se ha de obtener día a día. No es la paz del cementerio, sino algo nuevo que debe conseguirse de momento en momento³⁸.

Al volver a sacar a la luz estos escritos de Arteche a los treinta, cuarenta o más años de haber sido escritos, se comprueba que siguen teniendo una rabiosa actualidad. Arteche, en sus escritos de antes y después de la Guerra Civil, propugnó la justicia social como camino para la paz, la libertad humana frente a los intereses del Estado, de una parte, y del industrialismo feroz, de otra; la sinceridad como norma en la relación entre los hombres, la paz de los espíritus frente a la violencia, incluso a la que soterradamente se manifiesta en muchas actividades cotidianas sociales y que, llevada a sus extremos criminales, nunca tendrá justificación, cualesquiera sean los motivos invocados, alertando a los ingenuos, si los hubiera, que no es lícito, bajo pretexto de crear orden, provocar desorden.

En nuestro país y en todo el mundo, las gentes, el pueblo, nosotros, vivimos con la esperanza de que la inteligencia y la mesura primarán sobre la ceguera y el empecinamiento, y que todos los enfrentamientos entre los hombres, que tenemos en común más de lo que nosotros mismos creemos, serán en adelante un párrafo de los libros de historia que convendrá tener presente para evitar torpes olvidos y más torpes repeticiones.

(35) Zuzen pentsa bearra. Arantzazu, Febrero, 1971

(36) La esperanza. La Voz de España, 4 de Mayo 1957

(37) La resignación. La Voz de España, 21 Noviembre 1959.

(38) Erri Pakea. Arantzazu, Marzo 1971.